

dar su corazón. El tiempo urgía, porque ya casi se llegaba al lugar del suplicio; obtiene una palabra de esperanza, manda hacer alto á los soldados, quienes obedecen bien á la autoridad de su palabra, ó bien á la veneracion que les inspira. Despues de hablar unos momentos con el paciente, le hace sentar en una silla, que ha mandado traer de una casa vecina, y este desgraciado, que hasta allí se habia manifestado tan endurecido, deplora y retracta publicamente sus errores con admiracion y alegria de los numerosos testigos de este espectáculo. A ruegos de Felipe, mandan los magistrados que el reo vuelva á la prision; y desde este momento le hace continuas visitas nuestro santo, para consolidar su conversion no omitiendo cosa alguna que á su juicio pudiera contribuir á perfeccionar su penitencia. Despues de probarle de la manera mas demostrativa los dogmas que habia atacado, se dedicó á nutrir su compuncion por medio de las mas penetrantes exhortaciones: haciéndole en seguida leer las vidas de los santos, “porque, decia él: el orgullo es el que hace los hereges y los ejemplos de los santos son mas propios que toda otra cosa para hacer inclinar las cervices duras al yugo de Jesucristo.”

Paleólogo acabó por creerse y parecer contrito: tanto así habia tomado imperio sobre su corazón la caridad del santo. Sin embargo, este sospechaba de su conversion; porque muchas veces manifestó á sus discípulos, no estar enteramente satisfecho de ella. ¡Ah! sus temores eran sobra-

damente fundados. Por un efecto de la inconstancia humana, el infeliz recayó, volviéndole aun Felipe á levantar. Dos años despues recayó nuevamente, y entonces el magistrado le hizo quitar la cabeza. Cesar Baronio, que le asistió en aquel momento supremo, atestigua que pareció arrepentirse sinceramente, lo que permite esperar que el Señor le haya perdonado.

CAPITULO VI.

Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.



MIENTRAS que el hombre de Dios trabajaba en Roma con tanto celo en la conversion de los pecadores, la criminal reforma protestante se deramaba como un torrente impetuoso en las regiones del norte, devastando la Iglesia de Jesucristo. Las ciudades mas grandes y populosas habian ya perdido el precioso depósito de la fé, y el contagio se propagaba cada dia mas y mas. Espantado y desolado Felipe con este diluvio de males que amenazaba inundarlo todo, buscaba un poderoso dique que oponer á tan formidable corriente; y es-

to dió origen á las conferencias cotidianas que estableció en su Oratorio, en donde él ó los suyos es-
ponian con tanta claridad como fuerza los dogmas
que contradecian los novadores. Habiendo teni-
do conocimiento de las Centurias de Magdeburgo,
pérfido romano imaginario, para desnaturalizar la
tradicion y mostrarla favorable á sus innovaciones
heréticas, le ocurrió el feliz pensamiento de opo-
nerle una verdadera historia eclesiástica, y encar-
gó de este trabajo al sábio Baronio. “Nos falta,
le dijo, una historia completa desde la venida de
Nuestro Señor Jesucristo hasta la época presente;
registrad todos los escritores eclesiásticos, y mos-
tradnos por quien y como fueron establecidas las
iglesias; lo que enseñaban los padres y lo que han
decidido los concilios. Relatad las actas de los
mártires y hacednos ver que la fe debió sus pro-
gresos á las persecuciones. Cuando hayais llega-
do á la conversion de los príncipes, procurareis
establecer bien esta triste verdad; que la Iglesia
pierde poco á poco en santidad lo que gana en ri-
quezas y en poder.”

Espantado Baronio de una empresa que jamás
habia imaginado, hizo cuanto pudo para librarse
de acometerla. “Yo no tengo nada de lo que se
necesita para esto, dijo á su padre; acostumbrado
á solo hablar al pueblo, no tengo mas que un esti-
lo familiar, y no estoy dotado de erudicion; y
¿cómo podría yo ser erudito cuando no tengo tiem-
po para estudiar?” Poco ó nada convencido Fe-

lipe con estas excusas, porque conocia su capaci-
dad, insistió en que pusiese mano á la obra; mas
cuando á pesar de sus muchas instancias, vió que
su discípulo no se rendía, ocurrió al medio mas
eficaz. “Parece, le dijo, que necesitais que os lo
mande. Pues bien, yo os mando, que, dejando
toda otra ocupacion le presteis á la Iglesia este
servicio que os exijo.” Aterrorizado Baronio con
esta órden tan terminante que no esperaba, quiso
aun hacer el último esfuerzo. Pretendió que sien-
do evidente la necesidad de semejante obra, exci-
taria el celo de hombres mas versados que él en
las cosas eclesiásticas: añadió haber oido decir
que Onofre Pauvino, uno de los escritores mas
eruditos de la época, se ocupaba ya de este tra-
bajo. “Muy bien puede ser todo eso, respondió
el padre; pero á pesar de todo, haced lo que os
mando, y confiad en Dios, que él os ayudará.”
El respeto impidió á Baronio replicar mas; pero
permanecia siempre muy vacilante, engañado de
una ilusion á la que Nuestro Señor fué servido po-
ner remedio.

La noche siguiente vió en sueños, á Onofre Pau-
vino que le rogaba continuase la obra que él ha-
bia comenzado, y como rehusase acceder á sus de-
seos, recurrió á los ruegos mas eficaces. Sin embar-
go, él seguia resistiéndose, cuando oyó una voz que le
dijo: “Ceded, Baronio, porque no es á Pauvino
sino á vos á quien yo mando escribir los Análes
eclesiásticos.” Reconociendo Baronio la voz de

su maestro, se sorprendió de oírle hablar, estando ausente. A otro día deseoso de comprender este misterio, refirió á Felipe lo que le habia pasado, y este respondió con su sagaz humildad: “¡Qué lástima que no sea yo José el hijo de Jacob!” [*] Convencido, por último, que Dios exigía de él este trabajo, se entregó enteramente á los estudios necesarios para desempeñarlo, y empleó treinta y siete años en reunir los preciosos materiales, comunicando sucesivamente á su padre el resultado de sus indagaciones. Al cabo de este tiempo comenzó á escribir su obra, sirviéndose mas, segun su propia confesion, de las oraciones de nuestro Santo, que de su propio talento. He aquí porque despues de la muerte de éste, estando ya condecorado Baronio con la púrpura romana, hizo fingir sobre su sepulcro un libro que tenía por título: Octavo volumen de los Análes eclesiásticos; y mas abajo esculpió esta inscripcion.

Caesaris Baronii, S. R. E. presb. cardinalis, tit. SS. Mart. Nerei et Achilléi, et S. Sedis apostólicae bibliothecarii, pro Annalibus ecclesiasticis, beato patri Philippo Nereo, congreg. Oratorii fundatori: gratiarum actio.

Monumento remuneratorio, dedicado por César Baronio, cardenal presbítero de la santa iglesia romana, del título de los santos mártires Nereo y

(*) Alude esta expresion del Santo, al don que tenía José para interpretar los sueños.

Achileo, y bibliotecario de la Santa Sede apostólica, al bienaventurado P. Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio, por los Análes eclesiásticos.

“Yo no pude hablar con claridad, (dice este hombre sábio, al comenzar su octavo volumen), de la parte tan grande que tuvo mi padre Felipe en la ejecucion de esta obra, mientras vivió sobre la tierra; porque no solo le desagradaba que se le elogiase, sino que tenía un odio profundo á sus alabanzas. Hoy que está ya en el cielo, quiero que mi pluma, ya libre, lleve á lo léjos el testimonio de la muy apreciable cooperacion suya en este largo y difícil trabajo. Justo es, y yo sería un ingrato, si sepultase en el olvido tan importantes servicios. Por otra parte, el recuerdo de nuestros padres nos es siempre grato y provechoso; porque nos trae á la memoria la obligacion que tenemos de no degenerar de sus virtudes. Tal es el consejo que nos dan los divinos oráculos. “Acordaos, dice el profeta Isaías, de la cantera de donde habeis sido cortados, y del manantial de que habeis salido. Atended que Abraham fué vuestro padre y Sara vuestra madre (*Isa. Cap. 51, v. 1 y 2*).” Por lo comun, puede decirse, que todas las cosas prósperas que acontecen á los hijos, las deben en gran parte á los que les diéron el ser. ¡Oh! ¡cuánto debo yo á este gran siervo de Dios! yo que fuí su discípulo desde mi juventud, yo, cuyas inclinaciones viciosas reprimió, y á quien preservó de

tantas caídas funestas; yo, en fin, que soy deudor á su espíritu apostólico de las pocas virtudes que poseo y del poco bien que he hecho.

“Pero volviendo á mis Análes, declaro á todos los que los leyeren, que mi bienaventurado padre fué mas su autor que yo mismo. ¿Qué clase de hombre no sería yo, si en lugar de partir mis prósperos sucesos con aquel á quien se los debo, solo los atribuyese á mis propios talentos? ¿Si cómo el arrogante de que habla el mismo profeta, dijera ó permitiera que se creyese que “Todo lo he hecho con el poder de mi brazo, y lo tracé con mi sabiduría? ¡Oh! entonces atraeria sobre mi cabeza la terrible reprension que se hizo á este orgulloso: “¿Por ventura, se gloriará la segur contra el que corta con ella, ó se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve?” Dios me libre de un pecado que castigó con tanto rigor, derribando de su trono á ese príncipe orgulloso y enviándole á vivir con las bestias. [*Isaias, c. 10, v. 13, 15*]. ¿Mas acaso me glorío yo en el hombre y no en el Señor? No lo permita su Magestad; solo quiero que se sepa que el Padre de las luces se sirvió de este santo hombre para ilustrar y guiar mi inteligencia, á fin que el instrumento tenga en mi justa gratitud la parte que le pertenece. ¡Oh padre mio! no he olvidado ni olvidaré jamas la indignacion que te causaron las Centurias calumniosas salidas de Magdebourgo, ó mejor dicho, de las puertas del infierno. Tú te quejaste á Dios de

tantos ultrajes hechos á tu Iglesia y á su Espíritu, y te inspiró el medio que debias adoptar para rechazarlos, que fué el de oponer la gran luz de la verdad á las tinieblas de la mentira. Haz, me dijiste entonces, una obra sacada de las puras fuentes, que manifieste los hombres y los acontecimientos tales cuales han sido. Yo resistía á tus consejos, creyéndome incapaz de semejante trabajo; pero hube de ceder á tu autoridad para poder estar en paz conmigo mismo. Tuviste presente entonces, lo mismo que yo, que Dios gusta servirse de lo mas débil y miserable, segun el mundo, para confundir á lo que segun él es fuerte: por este motivo escojiste á tu hijo mas jóven é ignorante, para entrar en batalla con una legion de sábios acostumbrados á la disputa. Puse mano á la obra, aunque de mala voluntad, y muchas veces me ví tentado á abandonarla. Pero tú estabas á mi lado, padre mio, imponiéndome con tu presencia, obligándome con tus reprensiones y exigiéndome, como un cruel exactor, perdóname lo que digo, el empleo de mi tiempo, no permitiéndome ocupase de otra cosa que de tu empresa. Mi obediencia, lo confieso, era muy defectuosa; y como no consultaba mas que á mis propias fuerzas, sin pensar en el socorro divino que tus oraciones me obtenian, casi te acusaba de tirano, y me quejaba muy particularmente de que no me dieses á lo menos uno de mis hermanos para que me ayudase en mis investigaciones.

Perdóname, padre mio, perdóname: ahora veo bien el poderoso socorro que recibía de tí, sin que me sea posible dudar de él.

“Semejante al profeta Eliseo, que al poner su mano sobre la de Joas, cuando lanzaba sus flechas, le hizo vencedor del rey de Siria; tú tambien juntaste á mi mano débil la tuya poderosa, y aguzaste mi pluma transformándola en dardo penetrante y temible á nuestros enemigos. De esta suerte, padre mio, tú eras quien combatías, aunque con agéna mano. Por lo demas, todos verán en esta circunstancia uno de los ardides habituales de tu modestia; que al obrar maravillas atribuía á otro el mérito, pues nada temias mas que las alabanzas de los hombres. Hé aquí, tambien por qué se te veia ordinariamente ocultar tu sabiduría bajo la apariencia de la locura, practicando á la letra el consejo del Apóstol: “Que el que quiera hacerse sábio comience por hacerse nécio. (I. Cor., 3).”

“Pero este honor de que tú huías con tanto cuidado, se te reservaba en la gloria celestial, á donde habia de volvésete con usura. Ya llegó el dia de la justicia y de la remuneracion. La Providencia, rompiendo el vaso de tierra que ocultaba tu lámpara invisible, la ha puesto ya al descubierto; ella brilla hoy con una luz refulgente que lleva á lo léjos la fama de tus milagros. Tú sabias sofocar la voz de los que hacias durante tu vida mortal; pero Dios no ha permitido que per-

manecieran siempre ocultos. Todo el mundo los conoce ya, y realizasé su esplendor cada dia con nuevas maravillas. Desde lo alto de los cielos padre mio, favorece estos Análes que son obra tuya, y acaben tus ruegos lo que ellos comenzaron, á fin de que los enemigos de la Iglesia sean pulverizados y que tú solo tengas el honor de la victoria.

“Muerto San Basilio, aun servia de amonestador á su amigo Gregorio. Préstame el mismo servicio, oh padre lleno de caridad, para que acabe santamente mi carrera mortal y llegue al fin al reposo dichoso de que gozas en el trono de Dios, á quien sea toda alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos.”

He dejado hablar hasta aquí al cardenal Baronio; mas añadiré un hecho análogo á lo que acaba de decirnos. Pocos dias antes de dejar la tierra nuestro santo, hizo venir cerca de sí á su sábio discípulo y le dijo: “Sabed, Cesar, que no debeis de envaneceros con vuestros Análes. Puedo aseguraros que son ménos efecto de vuestro talento que de una gracia particular que os ha venido de lo alto.”—“Ya sabia yo, padre mio, respondió Baronio, y lo confieso sinceramente que si esta obra tiene algun valor, lo debo á vos y á vuestras oraciones.”—“Yo os aconsejo, añadió el santo, que hagais concordar vuestras leyendas con el Martirologio romano; la verdad eclesiástica aparecerá con mas claridad y las mentiras de los enemigos

se desvanecerán como las nubes á la salida del sol." Baronio no fué el único de sus discípulos que participó de su celo contra los hereges. Tomas Bozzio, escribió sabiamente sobre los caracteres de la verdadera Iglesia, y Antonio Gallonio, un compendio de las vidas de los santos, que la muerte no le permitió concluir.

CAPITULO VII.

Felipe pone los fundamentos de su Congregacion, tal vez sin saberlo.

ERA ya tan grande el número de los discípulos de Felipe, que su cuarto, á pesar del aumento de que hemos hablado, no bastaba á contenerlos. Ocurrióle entonces hacer construir sobre las bovedas de la iglesia un vasto oratorio, lo que hizo en efecto en 1558. Allí reunia todos los dias á sus discípulos, despues de comer, haciéndoles conferencias de cosas espirituales y exhortándolos poderosamente á la práctica de los consejos evangélicos. Los domingos y dias festivos salia con ellos y los conducia á una de las iglesias de la ciudad, ya para asistir á las vísperas

ó completas, ó ya para que oyesen la palabra de Dios. Comunmente iban á Santa Maria la Minerva, en donde un hermano predicador, atraía á la muchedumbre con sus sermones sobre el salmo 50; era este el Padre Vicente Herculano, tan notable por sus virtudes como por su elocuencia, y que despues fué obispo de Perousa.

Felipe, cuyo celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas se aumentaba incesantemente, concibió poco tiempo despues un proyecto, que no podia dejar de producir un bien inmenso: este fué restablecer las santas asambleas usadas en los primitivos tiempos de la iglesia. Por consiguiente, abrió al público su oratorio todos los dias al anochecer, para edificarlo con la meditacion é instruirlo en la doctrina cristiana. Esto causó una gran novedad, porque no se acostumbraba predicar en Roma mas que los domingos y dias festivos: no obstante, acudió la multitud, y estos ejercicios espirituales produjeron los mas felices resultados. De aquí, por decirlo de paso, tomó la casa el nombre de colegio del Oratorio, llamándose tambien á los sacerdotes que los presidian, los padres del Oratorio. He aquí como se hacian estas distribuciones. Dábase principio por meditar un rato bastante corto, leiase despues un poco algun libro espiritual, y de tiempo en tiempo, el que presidia interrumpia la lectura para esplicar y desenvolver lo que se habia leído, haciendo de esta suerte que se sacase mayor fruto. Con mucha frecuencia roga-